

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 1870-3925

Cynthia Radding (2005),
*Paisajes de poder e identidad: fronteras imperiales
en el desierto de Sonora y bosques de la Amazonía,*
Versión en castellano de Rose Marie Vargas Jastram,
Sucre,
Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia,
Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia,
442 pp.

En *Paisajes de poder e identidad: fronteras imperiales en el desierto de Sonora y bosques de la Amazonía*,¹ Cynthia Radding ofrece un ejercicio analítico y comparativo sobre la historia colonial de dos sociedades que, si bien son distantes geográficamente, comparten elementos comunes en su largo proceso de conformación identitaria, como su ubicación en los límites fronterizos de las estructuras coloniales hispanas y su evangelización e incorporación al dominio europeo, a cargo de misioneros jesuitas.

Uno de los méritos destacables de esta obra es enfrentar el reto de realizar un estudio de historia comparada que, como bien sabemos, presenta grandes desafíos metodológicos. El conocimiento acumulado por Cynthia Radding sobre la historia sonorensis constituyó un factor que la animó a emprenderlo, y que dio resultados fructíferos. Para ello, también tuvo que permanecer en la región de Chiquitos, Bolivia, por periodos largos.

Otro de sus méritos es el modelo de análisis que construyó para llevar a cabo el estudio, pues no sólo investigó sociedades de frontera sino que se movió con destreza en los límites disciplinarios (Historia, Antropología, Geografía y Ecología), lo cual le permitió hacer la investigación sin descuidar ninguno de los factores que modelaron la vida de las sociedades estudiadas (naturaleza, organización social, cultura y economía política). Ella había ensayado antes este modelo de análisis en su libro *Wandering Peoples. Colonialism, Ethnic Spaces, and Ecological Frontiers in Northwestern México, 1700-1850*,² del que por cierto todavía nos debe la versión en español.

¹ Título original de la obra: *Landscapes of Power and Identity. Comparative Histories in the Sonoran Desert and the Forests of Amazonia from Colony to Republic*. 2005. Durham: Duke University Press.

² Publicado en Durham, en 1997, por Duke University Press.

La narración de *Paisajes de poder e identidad* arranca en 1750, aunque abarca etapas previas por exigirlo así el modelo de análisis; incluye un recuento completo de las formas prehispánicas diversas de organización social de los numerosos grupos indígenas sonorenses y chiquitanos, toma como parámetro las diferencias entre sabanas y desiertos, es decir, de dos paisajes culturales. Cierra su lapso de estudio en la época de transición entre el dominio colonial y la formación de repúblicas en México y Bolivia, hacia 1850.

Un tercer acierto es la amabilidad con el lector por la pulcritud y rigor de su redacción, que no perdió mucho con una muy buena traducción al español. Es un libro voluminoso, pero estructurado de tal forma que ayuda al lector a no extraviarse. En el prefacio, Radding expone los retos que enfrentó a lo largo de la investigación, en particular la elección con sumo cuidado de los problemas históricos y áreas geográficas susceptibles de ser comparadas. Un segundo desafío fue lograr la intersección entre la historia ambiental y cultural, con el propósito de “interpretar el ambiente como parte de los campos sociales y culturales de la investigación histórica, en tanto evita los determinismos tanto geográficos como culturales.” Está convencida de que el medio ambiente no es un mero telón de fondo sino parte del relato histórico; la naturaleza abarca el ambiente físico (condiciones topográficas, climáticas, hidrográficas y biológicas), al igual que los “paisajes formados por la gente y los significados culturales inscritos en ella.” (p. 20).

En esta historia comparativa, los paisajes son “el marco unificador” y se entienden como

espacios de vida, creados por la actividad humana [...] surgen de procesos ecológicos y culturales dotados de poder para transformar los desiertos, sabanas, bosques y ríos con la intervención del hombre y de la naturaleza. En tal sentido, la cualidad mutable del paisaje se combina con el concepto funcional de la ecología social, para trazar una línea narrativa en el eje dual de espacio y tiempo de cada uno de los capítulos de este libro³ (p. 30).

En la introducción se expone de una manera clara y precisa su andamiaje teórico y conceptual. Explica que el libro se sustenta en dos premisas: “primero, los pueblos crean los paisajes que habitan, en tanto que sus culturas son formadas por el ambiente físico que las rodea; y segundo, las dife-

³ La presente obra nutre una corriente importante de reflexión interdisciplinaria que explora nuevos significados para el concepto paisaje (*landscape*); véase por ejemplo, de Nicolás Ellison, Paisaje, espacio y territorio: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias, número 7, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*: <http://nuevomundo.revues.org/document5196.html>

rencias geográficas son relevantes en el curso de los acontecimientos humanos, ya que la historia ocurre y se registra en el espacio y el tiempo.” (p. 26).

Pero, ¿cómo entrelazar la historia social con la ambiental? La autora resuelve el desafío recurriendo a los conceptos de cultura y etnicidad; para el primero retoma su definición más amplia, que hace referencia a los valores y sistemas de pensamiento, así como a las condiciones materiales de vida “que forman parte de la construcción histórica de las relaciones sociales y políticas.” En tal sentido, el estudio tiende puentes entre las expresiones externas de la cultura (registradas en textos, imágenes, representaciones y la lengua) y las culturas materiales manifiestas en la economía y ecología de las dos regiones estudiadas.

Para reforzar las guías útiles, que para el lector ofrecen el prefacio y la introducción, en cada uno de los ocho capítulos la autora presenta el tema y el andamiaje conceptual que lo fundamenta. De esta manera va enlazando los elementos metodológicos, analíticos e interpretativos de su investigación. Un dato que indica la solidez de *Paisajes de poder e identidad* es la revisión exhaustiva de las fuentes que nutrieron el trabajo: archivos nacionales, estatales y locales en Bolivia, México y Argentina, sin faltar el Archivo General de Indias, en Sevilla.

Recabó además información pertinente en bibliotecas (Bancroft Library, Universidad de California, en Berkeley) y colecciones especiales (Hubert Howe Bancroft Collection, University of Arizona). A todo ello se suma el conocimiento de las regiones estudiadas mediante estancias de campo prolongadas, así como una revisión bibliográfica profunda que incluyó fuentes primarias impresas (memorias de misioneros y viajeros), fuentes historiográficas para ambas regiones y metodológicas, en particular de corte etnográfico y antropológico estadounidenses.

Aunque las sociedades coloniales en Sonora y la Chiquitanía compartieron su ubicación, en los límites fronterizos del poder colonial hispano, sus entornos ecológicos constituyen las antípodas: montañas y desiertos en Sonora y sabanas y bosques tropicales en Chiquitos. Aquí el desafío para Cynthia Radding fue responder a la pregunta ¿qué ocurrió cuando las instituciones del gobierno imperial, comercio y religión fueron establecidas en dos ambientes físicos y culturales tan desiguales? Un hecho que resalta para ambas regiones es su incorporación conflictiva y gradual al imperio español, debido a sus ambientes naturales y mosaicos culturales complejos.

Tanto Sonora como Chiquitos eran áreas marginales del imperio español, en las periferias de los centros mineros del norte de Nueva España y del Alto Perú, contaban con asentamientos europeos relativamente dispersos; en ambas los agricultores, cazadores y recolectores seminómadas se sometieron al gobierno español por medio de la misión. No obstante las similitudes

anteriores, los procesos culturales modelados por las misiones originaron tipos de mestizaje e identidad diferentes.

A mediados del siglo XVIII, los numerosos grupos étnicos y lingüísticos de las tierras altas de Sonora se habían aglutinado en unas cuantas organizaciones políticas o naciones, identificadas como ópatas, pimas y eudeves. En el oriente boliviano, los centros misionales conservaban “su reconocimiento de las diferentes lenguas y grupos de parentesco, conocidos como *parcialidades*, así como su significado étnico y cultural. Diferenciados entre sí y llamados colectivamente *chiquitanos*, estos pueblos se mantuvieron separados de la población no indígena de la provincia; una división étnica que continúa hasta nuestros días.” (p. 86-87).

Otra diferencia es que en Sonora el establecimiento de misiones siguió patrones prehispánicos de asentamiento, mientras en Chiquitos las reducciones guardaron un gran contraste con campamentos y rancherías indígenas. Dato relevante es que los jesuitas permanecieron dos siglos en el noroeste (1591-1767) y en Chiquitos menos de uno (1691-1767). En Bolivia las misiones competían con la encomienda, que en Sonora no sobrevivió más allá del siglo XVI, aunque la proximidad de minas y misiones en la zona serrana puso a los indígenas en contacto directo con mercados coloniales.

Cynthia Radding analiza meticulosamente los cambios ocurridos en ambas sociedades durante la transición de la administración jesuítica a la implementada por las reformas borbónicas en el siglo XVIII. Después de la expulsión jesuita, las economías misionales de Chiquitos mantuvieron su estructura y se expandieron, pero el costo administrativo y las ventajas comerciales que beneficiaron a las elites regionales agotaron la riqueza de las misiones, cuyas economías declinaron en Sonora cuando perdieron control sobre la mano de obra y recursos productivos; al secularizarse, dejaron de ser el centro de la economía provincial, debido a que las posesiones comunales se privatizaron y los bienes temporales fueron dilapidados.

No obstante, las misiones dejaron una huella profunda en las culturas indígenas de ambas regiones; el proyecto evangelizador fue

vehículo de conquista y transplante ajeno a Sonora y Chiquitos. Empero, los pueblos nativos de estas provincias fronterizas hicieron posible el estilo de vida de las misiones, al desarrollar estrategias de negociación que mitigaron el impacto total de la dominación española. La organización del espacio en pueblos compactos, el intercambio de mano de obra por artículos, y el desarrollo de una jerarquía política en los pueblos —aunque servía a los intereses imperiales— se transformaron en parte integral de las identidades culturales de

Sonora y Chiquitos (p. 116-117) [y formaron parte de su estrategia para defender el territorio étnico comunitario].

Fue evidente que el proceso de privatización de tierras comunales se aceleró en la etapa de transición del gobierno virreinal al nacional. Con la república, los congresos emitieron leyes que definían la ciudadanía en función de la propiedad territorial e impusieron la división de tierras comunitarias; hacia 1830 el proceso era irreversible en ambas regiones. La autora se ocupa de analizar el conflicto social en los espacios colonizados, tomando como punto de referencia las identidades étnicas, que en Chiquitos eran numerosas y variadas (“parcialidades”) con distintas lenguas y dialectos, prácticas rituales y niveles de consolidación política; su adscripción territorial no tenía límites fijos o definidos, pues gente de una misma parcialidad habitaba en varias misiones.

En cambio, las misiones sonorenses eran más numerosas que las chiquitanas “y no registraban por separado las parcialidades”, aunque los pueblos de visita podían comprender más de un grupo étnico. Este hecho traería repercusiones en los procesos de mestizaje, pues mientras en Sonora la mayoría de los pueblos de misión fueron ocupados tempranamente por población no indígena, en Chiquitos esto ocurrió mucho más tarde, en la etapa republicana. Así pues, “[...] los significados sociales y culturales de etnicidad señalan procesos de amalgama e hibridación en Sonora, y de fragmentación y diferenciación en Chiquitos.” (p. 193). Tales resultados, señala la autora, se explican en parte por los ambientes naturales de cada región.

Radding analiza en el capítulo cinco los vínculos entre poder e identidad en la figura indígena del cacique y el Cabildo. Sostiene que la cultura política de chiquitanos y sonorenses se configuró “por medio de esferas rivales de autoridad dentro de las comunidades, así como entre ellas y los sectores hispanizados de ambas sociedades de frontera.” (p. 197). Los pueblos indígenas aprendieron a valerse de las instituciones coloniales, adaptaron modos de liderazgo anteriores a la conquista a los cargos que las autoridades militares, cívicas y eclesiásticas establecieron en las misiones y las acomodaron a sus propios fines. Tales elementos se manifestaron en las numerosas rebeliones indígenas en Sonora (frecuentes, violentas y extensivas a toda la provincia) y en Chiquitos (breves y violentas, pero locales), en torno a los territorios disputados.

Ella explica tales diferencias, y señala que en Chiquitos las formas de gobierno estaban vinculadas de manera más estrecha con las estructuras formales de los cabildos misionales que en Sonora; las maniobras, negociaciones y confrontaciones armadas pusieron a prueba los límites del poder colonial fuera de las misiones; la segmentación étnica en Chiquitos

explica las conmociones aisladas y no provinciales, mientras las comunidades indígenas en Sonora estaban más integradas espacial y socialmente a la sociedad hispana.

La inquietud por responder la pregunta ¿de qué manera las prácticas religiosas dotan de significado a las experiencias vividas y a las memorias históricas de los pueblos de Sonora y Chiquitos? da forma al capítulo seis. Una cauda de interrogantes se entrelazan: ¿cómo es que los rituales crean paisajes espirituales?, ¿de qué manera los lugares sagrados y representación ceremonial condicionan la negociación del poder, a través de imbricadas redes de relaciones religiosas, sociales y políticas que fortalecieron los fundamentos de las jerarquías coloniales? Cynthia Radding deja al descubierto en este capítulo la “geografía espiritual en torno a temas centrales de sacerdotes y chamanes; arquitectura sagrada, tierra salvaje y cosmología; lenguaje, representaciones musicales y significados traducidos.” (p. 237). Nos habla de lugares consagrados que la cosmogonía indígena hace depositarios de poderes espirituales trascendentales, con contenido religioso cargado de significados cósmicos e históricos. Así

los sistemas culturales de significado que evolucionaron históricamente en las provincias coloniales de Sonora y Chiquitos impregnaron los paisajes materiales con la dimensión religiosa del poder espiritual [...] lo político y lo religioso se reconocían como esferas distintas, pero una daba cuenta de la otra, pues revelaba hechos históricos en el lenguaje de la oración y del testimonio legal, en el espacio y tiempo de los procesos históricos, —como motines y levantamientos locales— y de los actos litúrgicos como danzas de los matachines o las procesiones teatralizadas de la Semana Santa y festivales de los santos patronos (p. 280).

Sin duda este aporte de Cynthia Radding facilita la comprensión del conflicto social en la Sonora decimonónica, la tenacidad con que los pueblos indios defendieron su territorio y las formas políticas que cobijaron su actuar. Hace más comprensible también el complejo proceso de construcción identitaria regional y las formas de su incorporación a la formación del Estado nacional, periodo abundante en conflictos y disputas analizados en los capítulos siete y ocho.

Los eventos más significativos de las revoluciones de independencia no ocurrieron en Sonora ni en Chiquitos. Sin embargo, el tránsito a formas republicanas de organización política transformó radicalmente la cultura política en ambas regiones, en especial por la incorporación de categorías nuevas como la “ciudadanía”. Aquí las historias comparativas se separan aún

más, pues en Chiquitos el proceso de “industrialización” (incorporación de nuevas tecnologías a una rama económica tradicional, la textil) alteró los ritmos cíclicos de cultivo, caza y pesca de las comunidades indígenas, dislocando la estructura productiva y organizativa de los antiguos pueblos de misión, que a la expulsión de los jesuitas pasaron a ser administrados por clero diocesano según las pautas misionales.

Por el contrario, en Sonora este proceso se vincula a la transformación de los pueblos de misión en parroquias (secularización), que debilitó la administración clerical de su economía, mientras se incrementaba la población no indígena en dichos asentamientos. Los cambios en esta región están vinculados también al debilitamiento de los presidios y las incursiones apaches, que dibujaron un ambiente desolado durante la primera mitad del siglo XIX.

En el nuevo contexto republicano, las comunidades indígenas en ambas regiones reclamaron su lugar con demandas legales, litigios judiciales y revueltas armadas, amparadas en el concepto nuevo de ciudadanía. *Paisajes de poder e identidad* resalta el papel importante de la capacidad negociadora de los indígenas y el reclamo de autonomía para elegir a sus propias autoridades, formular alianzas y demandar respeto a su territorio.

En Chiquitos, las instituciones republicanas y culturas políticas evolucionaron con lentitud, aunque los chiquitanos también desafiaron el poder creciente de las elites y la nueva condición de ciudadanía, que socavó las costumbres e integridad cultural y patrimonio colectivo; en forma significativa, el tributo se reinstuyó en 1831, el reconocimiento legal de tierras colectivas se obtiene en 1874; tales hechos retrasaron la aplicación de la visión liberal y la privatización de la riqueza hasta finales del siglo XIX, aunque el legado económico de la etapa misional (ganado y pastos colectivos) quedó sensiblemente vulnerado a mediados de ese siglo. No obstante, “los pueblos nativos de Sonora y Chiquitos articularon ideas claras sobre su lugar en la nación y su papel en la economía de mercado, que reconfiguraron los territorios provinciales, en la medida en que fronteras cuasi protectoras de las misiones y barreras mercantilistas daban paso a regímenes modificados de libre comercio” (p. 345).

Los aportes de *Paisajes de poder e identidad* enriquecen el conocimiento histórico y las opciones metodológicas para los ambientes fronterizos hispanoamericanos y, sin duda, será punto de referencia obligada para los investigadores (historiadores, antropólogos, geógrafos), que estudian estas dos regiones tan lejanas y a la vez tan cercanas.

Dora Elvia Enríquez Licón*

* Profesora-investigadora de la Universidad de Sonora, Departamento de Historia y Antropología. Correo electrónico: denriquez@sociales.uson.mx

